

EL CREDO Y EL PREFACIO (Sugerencia para los músicos compositores)

No sin razón se ha hablado a veces de la existencia de un cierto paralelismo entre el símbolo de la fe o Credo y la Anáfora eucarística. El paralelismo resulta especialmente claro en las Anáforas orientales en las que acostumbra describirse como en el Credo los pasos sobresalientes de la historia de la salvación. En la liturgia romana actual se procede también de esta forma en la Plegaria eucarística IV. Debido precisamente a este paralelismo no han faltado incluso quienes han tildado de simple repetición recitar el Credo cuando luego se piensa usar la Anáfora IV. Algunos incluso, yendo más allá por los caminos de lo que ciertamente resulta abuso ilícito (Cf. Sac. Conc. 26) —y que por otra parte manifiesta una pobre comprensión de la naturaleza y finalidad litúrgicas tanto del prefacio como del Credo— suprimen por propia autoridad el Credo cuando la misa comporta el Símbolo.

El paralelismo entre ambas fórmulas existe ciertamente; pero la finalidad del Símbolo al enumerar los acontecimientos de la historia santa es *la confesión pública de la integridad de la fe eclesial* por parte de quienes quieren participar del sacramento de la unidad de la Iglesia. En la liturgia hispana, nacida en tierras donde tanto había arraigado el arrianismo, esta confesión de la fe eclesial se veía incluso como condición necesaria para comulgar y por ello el símbolo se recita *diariamente* y se ubicaba —y se ubica aún hoy— *inmediatamente antes de la comunión*.

La finalidad de la proclamación de la historia santa en la Plegaria eucarística, en cambio, es muy otra —de ella se habla ampliamente en la rúbrica *Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor* de este mismo fascículo—; en la anáfora, al enumerarse los acontecimientos de

la historia santa no se hace para *proclamar la fe* eclesial en los mismos sino para *extasiarse ante las maravillas de la historia santa* y para *alabar y bendecir a Dios por sus diversas intervenciones* a favor nuestro.

La contemplación de las acciones divinas en el interior de la anáfora —se explica también en el artículo al que hemos hecho referencia— ha tomado dos maneras distintas de expresarse en Oriente y en Roma: las anáforas orientales hacen siempre un *resumen completo del conjunto de estas maravillas* (como ahora hace también la liturgia romana en la anáfora IV), mientras en la tradición romana la anáfora selecciona habitualmente *sólo alguna de estas maravillas* y las va distribuyendo según el curso del año litúrgico (en la parte de la anáfora que nosotros llamamos *Prefacios propios*). En Oriente el mismo prefacio (el mismo inicio de la anáfora) se usa en Navidad, en Pascua, en Pentecostés, o en cualquier otra celebración; nosotros, en cambio, al dar gracias a Dios por sus maravillas, distribuimos la contemplación de las mismas según el ritmo de los distintos días o celebraciones (Prefacio de Navidad, de Pascua, de Pentecostés, etc.). Los orientales, por decirlo de alguna manera, usan la anáfora de la misma forma como nosotros usamos el Credo: en cada celebración confesamos *el conjunto de la fe*, sin seleccionar tampoco para tal confesión el misterio propio del día.

Con todo, al confesar la fe en el Credo, también hacemos un cierto subrayado en una de las verdades confesadas; no ciertamente en el misterio del día como en el caso del prefacio, sino siempre en un mismo misterio: el de la Encarnación. Este subrayado se hace de dos formas: al llegar a las palabras *se encarnó de la Virgen María y se hizo hombre* el celebrante y la asamblea se inclinan. Además —y a ello queremos referirnos especialmente— cuando el Credo es cantado, al llegar a estas palabras el tono crece en solemnidad. Fue sobre todo a partir de finales del s. XV cuando las misas polifónicas empezaron a adornar musicalmente este artículo de nuestra fe (parece ser que fue Machaut y la llamada Messe de Tournai uno de los primeros en seguir este procedimiento) que persevera hasta nuestros días

Pero podemos preguntarnos: ¿Es del todo correcto este proceder? Él se comprende muy bien en el contexto medieval-franciscano de devoción a la humanidad de Cristo. En este mismo contexto se propaga también la

devoción del *Angelus*, aludiendo tres veces al día a este mismo misterio de la Encarnación y haciendo así de él como el centro de la piedad cristiana.

La renovación teológica y litúrgica de nuestros días ha vuelto a centrar la culminación del misterio cristiano en la muerte-resurrección de Jesús, en el domingo y en la pascua, solemnidad de las solemnidades. La encarnación es ciertamente un momento importante de la historia santa; Navidad, una de las principales fiestas del ciclo. Pero la primacía la tienen el misterio pascual, el domingo, la solemnidad de Pascua; por ello quizá no resulta del todo pedagógico subrayar siempre —en la Noche de Pascua, por ejemplo— con un tono más solemne el misterio de la Encarnación.

De la misma forma que la liturgia romana en su anáfora (prefacio) va subrayando a través del año los *diversos acontecimientos* de la historia de la salvación pensamos que sería equilibrado y educativo subrayar en el Credo el misterio más propio del día. Sería un paralelo del prefacio propio de las grandes solemnidades o de los tiempos litúrgicos fuertes. ¿No sería sugestivo con esta finalidad componer algunas melodías sobresalientes para subrayar en el Credo no siempre el misterio de la Encarnación, como si fuera el momento culminante, sino sucesivamente los misterios correspondientes a la celebración del día o del tiempo? Creemos sinceramente que tal procedimiento sería pedagógico en vistas a la fe y la misma oración contemplativa del conjunto de la historia santa.

Durante el Adviento, por ejemplo, la música podría tornarse más solemne al confesar *de nuevo vendrá con gloria para juzgar vivos y muertos*; en Navidad, podría conservarse el uso actual solemnizando *se encarnó de María, la Virgen y se hizo hombre*; en Cuaresma *fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado*; en Pascua *resucitó al tercer día según las Escrituras*; en la Ascensión *subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre*; en Pentecostés: *creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida*.

Es una sugerencia que brindamos a los músicos y compositores y que pensamos equilibraría mejor la vivencia de los misterios de Cristo, y sin tocar en nada el texto venerable de la profesión de fe pensamos que la haría más vital y que incluso subrayaría el contenido y el significado de las verdades que confesamos.— **P. F.**